

A propósito de un encuentro con Sacristán y Gerónimo

Dando batallas que no se han perdido [I]

Salvador López Arnal

Nota edición: El siguiente texto fue leído en un encuentro -"INVITACIÓN A UNA CITA SECRETA"- celebrado el pasado viernes 15 de junio de 2012, en la sede de la Asamblea Local de IU de Jaén. En la página web de la organización podía leerse la siguiente presentación, que abría con una cita de Benjamin:

"Entre las peculiaridades más dignas de mención del temple humano», dice Lotz, «cuenta, a más de tanto egoísmo particular, la general falta de envidia del presente respecto a su futuro». Esta reflexión nos lleva a pensar que la imagen de felicidad que albergamos se halla enteramente teñida por el tiempo en el que de una vez por todas nos ha relegado el decurso de nuestra existencia. La felicidad que podría despertar nuestra envidia existe sólo en el aire que hemos respirado, entre los hombres con los que hubiésemos podido hablar, entre las mujeres que hubiesen podido entregárenos. Con otras palabras, en la representación de felicidad vibra inalienablemente la de redención. Y lo mismo ocurre con la representación de pasado, del cual hace la historia asunto suyo. El pasado lleva consigo un índice temporal mediante el cual queda remitido a la redención. *Existe una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra.* Y como a cada generación que vivió antes que nosotros, nos ha sido dada una flaca fuerza mesiánica sobre la que el pasado exige derechos. No se debe despachar esta exigencia a la ligera. Algo sabe de ello el materialismo histórico" (Tesis de filosofía de la historia, Walter Benjamin (1940), Traducción de Jesús Aguirre, Taurus, Madrid, 1973) [la cursiva es nuestra]

A mediados de los años 70 del siglo pasado, Manuel Sacristán Luzón, filósofo de las ciencias, el más importante exponente del comunismo marxista en nuestro país y activista de los movimientos sociales hasta su muerte a mediados de los años 80, impulsó -además de la revistas "Materiales" y "Mientras Tanto"- una colección de libros en la colección Hipótesis en la editorial Grijalbo, junto a su compañero Francisco Fernández Buey. En ese conjunto destaca la traducción y anotación de "Gerónimo. Historia de su vida" de S.M.Barret, señalado como número 16 de la colección, basada en la edición de 1970 a cargo del antropólogo norteamericano Frederick W. Turner III, como primer ofrecimiento en memoria de Bartolomé de Las Casas en el quinto centenario de su nacimiento. Manuel Sacristán Luzón, que desde muy joven se interesó por las culturas amerindias y especialmente por las culturas mayas y la lengua nahualt, reflexiona en los años setenta sobre la derrota de la izquierda revolucionaria y la crisis de la civilización capitalista a partir de ejemplos de lucha que habían ido quedando al margen de una unilateral y "progresista" línea de la Historia dominante. Su importante reformulación del ideario comunista a finales de los años 70, con seguridad una de las reflexiones de mayor calado y de mayor rigor en la izquierda europea y no sólo, trata de revisar la tradición comunista-marxista y ponerla en diálogo con la aportación de los nuevos movimientos sociales de la época (el ecologismo, el feminismo y el pacifismo radical con punto de vista de izquierda y antagonista con el capitalismo) en el marco de una crisis no sólo económica sino también cultural. La reflexión y el interés por un pueblo y un dirigente apache chiricahua como Gerónimo, nada dados a visiones dulces y románticas de los pueblos y culturas no blancas, está en los precedentes de esa nueva orientación que caracterizaría la actividad y el pensamiento de Manuel Sacristán hasta sus últimos días. Un hilo conductor sobre el choque de culturas que Francisco Fernández Buey desarrollaría con posterioridad en su importantísimo libro "La gran perturbación. Discurso del indio metropolitano" (Ensayo/Destino, 1995).

"A pesar de todo, no consiguieron corromper a Gerónimo. Lo exhibieron en ferias, una vez que hubieron decidido no ahorcarlo, como al principio pensaron; lo

redujeron a pequeña industria familiar de souvenirs; lo fotografiaron publicitariamente. Pero no consiguieron que dejara de ser un luchador hasta el final, un guerrero, como probablemente se diría de él a sí mismo" (página 9), escribe Manuel Sacristán en una pequeña y emotiva presentación del libro. Una historia con lección y moraleja para aquellos y estos tiempos: "Por último, los indios por los que aquí más nos interesamos son los que mejor conservan en los Estados Unidos sus lenguas, sus culturas, sus religiones incluso, bajo nombres cristianos que apenas disfrazan los viejos ritos. Y su ejemplo indica que tal vez no sea siempre verdad eso que, de viejo, afirmaba el mismo Gerónimo, a saber, que no hay que dar batallas que se saben perdidas. Es dudoso que hoy hubiera una consciencia apache si las bandas de Victorio y de Gerónimo no hubieran arrostrado el calvario de diez años de derrotas admirables 8..." (párrafo final de la nota 19 "Genocidio conseguido o frustrado" del traductor de la obra). De ahí el título de esta nueva cita secreta a la que te invitamos, quizás acompañada con algún modesto y fresco ponche veraniego y algún audiovisual a cargo de "La Nueva Brigada", que agradecemos públicamente, que hemos tomado del texto que pedimos al camarada y amigo barcelonés Salvador López Arnal, que nos ha ayudado a llevar a cabo esta nueva oportunidad de vernos y dialogar con aquellas otras luchas de generaciones anteriores. Le damos las gracias por aguantarnos y aguantar que le carguemos aún más su ya pesada mochila de tareas pizarrosas y recolección de herramientas imprescindibles de construcción de mundo justo en una Tierra habitable que lleva a cabo desde hace muchos años no sólo "con sangre fría" sino con una sensibilidad, un rigor y una modestia que nos impresiona, incluso, desde estas tierras lejanas...

*Para Javier Aguilera, amigo, persona bondadosa,
maestro y revolucionario imprescindible.*

*Para Andrés Bódalo, secretario provincial del SAT-
SOC, que llevó -y allí está- una foto ampliada y grande de
Gerónimo en una ocupación de tierras.*

*Si no se puede informar el porvenir con ayuda de una gran batalla, es menester
dejar huellas de combate. Las verdaderas victorias solamente se logran a largo plazo y
con la frente apoyada en la noche.*

René Char (traducción de Jorge Riechmann) [1]

1975 no sólo fue el año en el que -apenas 18 meses después del vil asesinato de Salvador Puig Antich- fueron fusilados cinco luchadores antifranquistas; el año en el que el criminal dictador africanista moría dos meses después de aquella nueva infamia entre cables, conspiraciones, coincidencias primorriveristas y ataduras bien atadas, sino que también fue el año en el que, algunos meses atrás, un luchador inquebrantable, un ex miembro del Ejecutivo del PSUC que seguía activo en la militancia de base del partido de los comunistas catalanes, un profesor universitario que seguía expulsado de la universidad barcelonesa desde 1965, un trabajador editorial que estaba entonces preparando la traducción de *El Capital*, un comunista sólido, consistente y crítico que iba en serio, muy en serio, y que nos había enseñado a amar el autor de los *Quaderni*, el mismo año, decía, en el que un comunista maestro de varias generaciones (no sólo universitarias) había editado en una colección de Grijalbo -que codirigiría con su amigo y compañero Francisco Fernández Buey, amigo y maestro de muchos de

nosotros también-, una biografía del indio Gerónimo que había sido editada a principios del siglo XX por Stephen Melvil Barrett y que F. W. Turner III, con ligeras modificaciones, había reeditado recientemente en Estados Unidos.

No sólo la había editado sino que la había traducido al castellano, presentándola y anotándola con mimo y cuidado. Eran ciertamente marcas de la casa, de su incansable hacer, pero, en esta ocasión, los atributos de siempre brillaban acaso con más fuerza. ¿Por qué? ¿Qué tenía que ver aquella colección donde aparecieron ensayos -breves pero sustantivos e inolvidables- de marxistas, anarquistas, socialistas utópicos, junto a libros de divulgación científica y de crítica sociológica, con la vida y combate de aquel legendario rebelde? ¿Qué tenía que ver aquel filósofo que había cultivado como pocos la tradición marxista -los clásicos, ¡siempre los clásicos!, Marx y Engels, pero también, entre muchos otros, Lenin, Labriola, Lukács, Benjamin, Korsch, Marcuse, Adorno, Bujarin, Togliatti, Zeleny y Gramsci, sobre todo Gramsci- con la larga lucha de aquel indio rebelde? ¿De dónde ese interés?

Pretendo dar unos apuntes sobre ello. Para situarnos y, si se me permite la observación a estas horas de la noche, para abrir el apetito, unas notas breves antes sobre Gojleyé, Go khlä yeh

Gerónimo nació el 16 de junio de 1829, en el cañón No-doyohn, Arizona, y falleció el 17 de febrero de 1909. Vivió 80 años. Se crió en la tierra que rodea las fuentes del río Gila (Gila River), uno de los principales afluentes del Colorado. “Aquel territorio era la tierra de nuestros padres; nuestros wigwam [viviendas, tiendas generalmente] se ocultaban entre aquellas montañas; los dispersos pequeños valles contenían nuestras tierras de labor; la pradera sin límites, que se extendía por cada lado, era nuestros pastos; las cavernas rocosas eran nuestras sepulturas”, en la zona en que se desarrolló en los primeros 500 años de nuestra era, según señalaba Sacristán en sus anotaciones, “la cultura Hohokam, una de las culturas ‘de antepasados’”.

Fue el cuarto hijo de una familia de cuatro niños y cuatro niñas. Tuvo cuatro esposas que eran apaches bedonhoke y otras cuatro que en parte lo fueron y en parte tuvieron otra ascendencia apache. S. M. Barrett, el editor de su biografía, asegura que creía firmemente en el destino y en la fuerza mágica del 4. No es inexorable -tampoco imposible- que Barrett tenga razón. Otros creen en la fuerza del 3 y de los sistemas trinitarios y otros, en cambio, creemos en la energía y necesidad de 1917, 1949, 1962 o incluso 1789 o 1931.

A los ocho años, Gerónimo empezó a cazar. Los apaches cazaban el búfalo a caballo, matándolo con flechas y venablos, y usaban sus pieles para hacer tipis y lechos, y su carne para alimentarse. De joven, trabajó también la tierra. Cuando creció lo suficiente “para ser suficientemente útil”, fue al campo con sus padres, “no para jugar, sino para trabajar”. Abrían la tierra con escardas de madera cuando llegaba la época de la siembra. “Sembrábamos el maíz en hileras derechas, los frijoles entre el maíz, y las sandías y las calabazas irregularmente por todo el campo. Cultivábamos esas cosechas en la medida en que había falta”.

En 1846, a los 17 años, fue admitido en el consejo de guerreros de su tribu. Siendo ya miembro del consejo, Gerónimo pudo andar “con el sendero hermoso de la guerra en cuanto que presentara la ocasión... Esperaba servir pronto a mi gente en la batalla”. Pero no fue esta su mayor alegría: “ahora me podía casar con Alope, la hermosa hija de No-po-so. Era una muchacha

delgada y delicada, y habíamos sido amantes mucho tiempo”. Él mismo había construido una casa para ellos, cerca del tipi de su madre.

Años después, en 1858, durante la matanza de Kas-ki-yeh ordenada por el gobernador Terrazas, asesinaron a su mujer, a tres de sus hijos y a su madre. La masacre “civilizada” fue causa de que se pusiera al frente de las tribus apaches que atacaron el norte de México y diezmaron las tropas mexicanas que había cometido la cobarde y criminal acción. Gerónimo lo explica así:

Una tarde, ya a última hora, cuando volvíamos de la ciudad, nos salieron al encuentro unas pocas mujeres con niños, y nos dijeron que tropas mexicanas de alguna otra ciudad habían atacado nuestro campamento, matado a todos los guerreros de la guardia, capturado todos nuestros caballos, destruido nuestras reservas de víveres y matado a muchas mujeres y muchos niños. Nos separamos rápidamente, escondiéndonos lo mejor que pudimos hasta que cerró del todo la noche; entonces nos reunimos en asamblea en el lugar que teníamos previsto, una zona de matorral muy espeso, junto al río. Llegamos cautelosamente uno por uno; colocamos centinelas y, una vez hicimos el recuento, descubrí que mi anciana madre, mi joven esposa y mis tres hijos estaban entre los muertos. No habíamos encendido ninguna luz en el campamento, de modo que, sin que los demás se dieran cuenta, me fui. Estuve mucho rato de pie junto al río.

Tras el asesinato de Mangas Coloradas por el general West, en el recrudecimiento subsiguiente de la guerrilla apache, destacó ya Victorio, apache chi-hen-ne, junto con Cochise, apache cho-kon-en (chiricahua). Cuenta el propio Gerónimo que su tribu “nunca tuvo dificultades con ellos”. Victorio, su jefe, fue siempre su amigo. La tribu de Cochise “tuvo siempre las mejores relaciones con nosotros. A menudo estábamos juntos, en el campamento y en la caza”. Un hijo de Cochise, Naiche, fue su “hermano de armas” y, más tarde, compañero de cautiverio.

En 1865, tuvo lugar el encuentro de los jefes apaches Victorio y Nana en Santa Rita con representantes del gobierno americano. Los conminaron a entrar en las reservas. Cochise no aceptó la negociación y Victorio se negó a ir a Bosque Redondo. Meses después, el 1 de abril de 1866, el presidente Johnson vetó la ley de derechos civiles pero el Congreso anuló la decisión y reconoció iguales derechos a todas las personas nacidas en los Estados Unidos... A todas ellas pero no a los indios.

Entre 1868-1873 la actividad de Gerónimo en México fue reducida. Vivió en la reserva de San Carlos. En 1871, una ley decretó la desposesión de los indios. Cochise rechazó de nuevo una invitación para ir a Washington y el 30 de abril se produjo la carnicería de los apaches aravaipas por los blancos de Tucson, en la reserva de Camp Grant. En julio de ese mismo año, llegó el general George F. Crook para tomar el mando militar en Arizona. Al morir Cochise, que en verano de 1872 había roto las relaciones con el ejército norteamericano y se había refugiado en el sudeste de Arizona, su hijo proclamó a Gerónimo jefe de la tribu. Cuatro años después, le obligaron a ingresar en una reserva. Gerónimo rechazó la imposición y se refugió de nuevo, con Victorio, en Ojo Caliente. Se dieron órdenes para su detención; los soldados mexicanos le engañaron en Casas Grandes.

Tiempo después, en 1885, se marchó a México acompañado de un grupo de guerreros. Entre ellos, Chihuahua Mangas -el hijo de Mangas Coloradas- y

Nachez. En 1886, después de otra fuga, junto aproximadamente a una treintena de apaches, se dio orden de búsqueda y captura contra él. Se enviaron cinco mil soldados, la tercera parte del ejército estadounidense de la época, ofreciendo una recompensa de 2.000 dólares.

5 Detenido de nuevo, se fugó poco después y resistió durante varios años hasta que, agotado y sin recursos, tuvo que rendirse al general Miles. Su única condición fue volver a Arizona. El pacto no se cumplió y volvió a ser considerado un criminal. Pasó varios años en trabajos forzados y, finalmente, en 1894 se instaló en Oklahoma como agricultor. Allí posó para los fotógrafos a cambio de dinero, y se convirtió en una especie de atracción de feria. En los últimos años de su vida, dictó unas memorias recogidas por S. M. Barrett y editadas de nuevo por Frederick W. Turner en 1970. Son las traducidas al castellano por Sacristán para la colección "Hipótesis" de Grijalbo.

Gerónimo murió el 17 de febrero de 1909 en el Hospital Militar de Fort Sill, Oklahoma. Un funcionario de la Iglesia Holandesa Reformada contó que, pocos días antes de su muerte, había ido a Lawton, una población cercana, a vender uno de los arcos que no paraba de hacer. Se emborrachó con el dinero que había conseguido por la venta y, de regreso, se cayó del carro pasando toda la noche tirado en el camino. Se le encontró a la mañana siguiente y se le trasladó al hospital militar. Allí falleció.

Su estatuto jurídico al morir, como ha recordado Turner III, era el de prisionero de guerra de los Estados Unidos de América del Norte. Fue, además, "un hombre agriado que hasta el final de su vida lamentó el haberse rendido al general Miles, en vez de combatirle hasta lo último en las montañas". Si tenemos en cuenta cómo le trataron en los años siguientes, comenta razonablemente su editor, ya no Sacristán, "no se le puede reprochar mucho esa actitud". Fue allí precisamente donde los más "distinguidos" representantes de la civilización occidental proclamaron cínicamente que "el mejor indio es el indio muerto".

Otros publicistas, horrorizados por el genocidio que se estaba cometiendo, acuñaron otro lema: "hay que matar al indio para salvar al hombre", leyenda aparentemente "piadosa" y algo más "sofisticada" que situaron uno de los muros del antiguo edificio de los archivos nacionales de Washington. Se trataba de "civilizar" a los indígenas para rescatarlos de sus verdugos, un -digámoslo anacrónicamente- intervencionismo humanitario *avant la lettre*. Jean Bricmont nos debería hablar alguna vez de ello.

Adelantados en algunas experiencias a los norteamericanos, los "conquistadores" españoles procedieron mucho antes bajo divisas, lemas y acciones muy similares. Los apaches por su parte pronto se dieron cuenta que la "civilización", en la forma de cristianización, les significaba una vida de esclavitud y sometimiento. Quizá por ello ante "sus hábitos, modales y feroz carácter se estrellaron todos los esfuerzos y mágico ascendiente que tiene la religión para hacerse lugar en el más empedernido pecho", como apuntó el historiador chihuahuense José Agustín de Escudero, angustiado por el terrible derramamiento de sangre en las aciagas horas de las guerras indias.

Hasta aquí, el apunte sobre Gerónimo. ¿De dónde el interés de Sacristán? Una conjetura que toma pie en sus propias declaraciones y reflexiones.

Tras una larga enfermedad y diversos (y muy sentidos) aldabonazos políticos -las murallas y límites no superados durante el Mayo del 68, su

expulsión política de la Universidad barcelonesa, la aniquilación despótica y contrarrevolucionaria de la esperanzadora primavera de Praga, el estado de excepción español de 1969, su propia dimisión del ejecutivo del PSUC, su prolongada, interrumpida y fuertemente vivida aproximación a la vida y obra del autor de los *Quaderni*-, el traductor de Marx, Engels y Gramsci, el profesor de Metodología de las Ciencias Sociales expulsado de la Universidad de Barcelona en 1965, trabajador editorial en aquellos años, volvió a principios de los setenta con más fuerza que nunca, con ideas renovadas, con nuevos e interesantes horizontes filosóficos y con propuestas editoriales cuyas finalidades político-culturales, de neto sabor gramsciano, uno de sus referentes permanentes eran evidentes. Fueron tres las colecciones propuestas por Manuel Sacristán (1925-1985) al editor Juan Grijalbo -un importante cuadro del PSUC durante la guerra civil y Director General de Comercio en la II República española-, a principios de los setenta. Llevaban por título “Naturaleza y sociedad”, “Hipótesis” y “Cuadernos de Iniciación Científica (CIC)”. Los tres proyectos están fechados en octubre de 1972.

No es momento de comentar las propuestas de la primera colección “Naturaleza y sociedad” -que constaba de 200 volúmenes- ni de la tercera, los “Cuadernos de Iniciación Científica” (CIC), una colección de divulgación elemental “compuesta por cuadernos grapados sin alzar de un máximo de 50 páginas impresas”. Fue la segunda colección -“Hipótesis” fue el nombre elegido- la que salió finalmente a la luz (y que recogió finalidades de las dos anteriores). Fue la única y estaba codirigida por Sacristán y por un joven filósofo marxista, activísimo desde hacía años en el movimiento universitario antifranquista, amigo y compañero suyo, llamado Francisco Fernández Buey. Antes he hablado de él, es imposible no tenerle presente siempre.

Se trataba de una colección de ensayos “no exclusivamente de materia sociológica, pero sí predominantemente”. Los textos eran de tipo ensayístico, es decir, “ni divulgadores ni didácticos” e intentarían conseguir la mayor actualidad de los temas.

Fue en torno a 1975 (o acaso ya 1974) cuando Sacristán tradujo para la colección la edición de Frederick W. Turner III (1970 y 1972), de la biografía de Gerónimo que en 1906 había sido transcrita, organizada y publicada por Stephen Melvil Barrett. Es el número 16 de la colección, se editó otro volumen más. Desgraciadamente tampoco entonces eran buenos tiempos para la lírica enrojecida.

A la traducción, como señalé, le acompañaron una breve presentación y unas cincuenta páginas de anotaciones, extensas en algunos casos, que figuraban al final del volumen.

¿De dónde el interés de Sacristán por la figura de Gerónimo? Algunas de las razones fueron expuestas por él mismo, antes lo he comentado, pocos años después, en 1979, en una conversación con Jordi Guiu y Antoni Munné que no llegó a editarse en su momento y que fue publicada muchos años después, en 1996.

Su afición juvenil por las culturas amerindias (nada que ver con un españolismo imperial rancio como en alguna ocasión se ha insinuado), su fuerte interés en aquellos años por estudios de antropología desde una perspectiva ecologista, sus agudas críticas al estructuralismo sociológico, su proyecto -ya en pie de realización- de renovación del ideario, los procedimientos y parte del andamiaje categorial de la tradición marxista-comunista, su apuesta por una ampliación de los ejes básicos de esa misma

tradición que abrazara motivaciones básicas de los entonces llamados nuevos movimientos sociales, su lúcida e inusual intervención en torno a la alianza de cristianos y marxistas y la militancia de los primeros en partidos comunistas, su profundización en la comprensión de los diversos y complejos mecanismos que vertebraban la civilización del capital (el proyecto OME, las obras de Marx y Engels, se inició en esos mismos años), sus investigaciones e intervenciones nada triviales ni talmúdicas en un ámbito, el de la política científica, poco cultivado en aquellos años, se sumaban a un momento de incesante búsqueda política y filosófica donde el ex dirigente del PSUC observaba muy críticamente algunos nudos de la estrategia y evolución de la dirección del Partido Comunista de España y del partido hermano de los comunistas catalanes, el PSUC.

Junto con otros camaradas disidentes como Francisco Fernández Buey, Sacristán participó en una larga y difícil batalla política sabiendo probablemente que el resultado estaba lejos, muy lejos, de estar garantizado. No era ese el punto básico, nunca lo fue. Había que criticar abiertamente el hiperpragmatismo, supuestamente realista, de la dirección del PCE; la escasa independencia político-cultural en su política de alianzas; su papel subordinado, cuando no seguidista hasta el suicidio político, en organismos como la Asamblea de Catalunya o la Junta Democrática de España; la apuesta poco informada, “moderna”, “europea”, de sectores de la organización por la energía e industria nucleares (cubierta con ropajes apenas disimulados de “progresista” tecnofilia acrítica), su oportunista abandono con estilo y procedimientos antidemocráticos, y desde lejanas e imperiales tierras, de todas las entradas y enseñanzas -sin distinción ni matices- del legado leninista; los sucesivos pactos, acuerdos y concesiones durante una transición idealizada hasta el absurdo; la firma no menos ilusoria de unos Pactos de la Moncloa publicitados ante la propia militancia como un camino de avance - firme además- hacia el socialismo como se anunció en ocasiones; la inusitada apuesta de la dirección del PCE-PSUC por una Constitución borbónica, demediada democrática y socialmente, acompañada de una persecución de las posiciones republicanas de sectores de la propia organización, y, en fin, el énfasis creciente, casi exclusivo, en el combate institucional, en la política de vértice, y el casi abandono, cuando no abierta desconsideración, de la actividad militante ciudadana, del trabajo capilar de base, del abono y creación de una nueva cultura socialista y de un modo de vida comunista, del humus esencial desde el que podía nutrirse una cultura alternativa de izquierdas.

Sacristán creía ya entonces que había que investigar y apoyar nuevas formas socialistas (el denominado socialismo real tenía mucho, casi todo, de irreal), que era necesaria la apuesta por sociedades menos desarrollistas y no extractivistas, el estudio y profundización de la problemática ecologista en sus diversos, complejos y esenciales nudos, la militancia (no manipuladora, no dirigista) en los entonces llamados “nuevos movimientos sociales” y, especialmente, en el combate antinuclear, una lucha que ponía en cuestión una de las apuestas fáusticas más irresponsables del capitalismo ya en aquellos años. Había que depositar con mimo leña en el fuego de siempre y de forma renovada.

En muchos de estos ámbitos, Sacristán fue un verdadero pionero no siempre comprendido que estuvo en muchas ocasiones en minoría de uno. El irrealismo político, el teoricismo alejado del contacto con la realidad, la

ausencia de formulaciones alternativas, el carácter pequeño-burgués de las problemáticas ecologistas, fueron algunas de las críticas más frecuentes (y menos documentadas) que se esgrimieron. El entonces secretario general del PCE, Santiago Carrillo Solares, abonó algunas de estas últimas consideraciones.

Empero, el autor de *El orden y el tiempo* vio -cuando pocos osaban mirar- la profundidad y novedad de muchas de esas temáticas con la lucidez que le caracterizaba. Harich y Commorer, además de los atisbos presentes en la obra del propio Marx, fueron algunas de sus referencias centrales. Como era marca de su obra y de su forma de entender la vida política, Sacristán no se quedó sólo en reflexiones filosófico-teóricas, fructíferas sin duda. Como “el buen sentir chirichua” del que habla en una de sus anotaciones, el suyo también se expresaba en el hacer. Por ello, participó activamente en el movimiento antinuclear (en el CANC especialmente), en críticas razonadas al deslizamiento pragmático -o más bien pragmatista- de fuerzas políticas de las que había formado parte decisivamente, en aproximaciones a una política científica de orientación socialista, en las críticas a las limitaciones de la demediada democrática que poco a poco se iba imponiendo de manera “natural” en nuestro país y, en fin, en un movimiento, el antimilitarista, que alcanzaría una enorme penetración ciudadana y conseguiría grandes movilizaciones durante los años de lucha antiotánica. Tampoco su amigo y compañero José María Valverde estuvo alejado de la mayoría de estos combates.

Batallas, en muchos casos, aparentemente perdidas que ahora, con el transcurso del tiempo, adquieren nueva importancia y una valoración distinta, y hacen bueno aquello que él mismo comentara crítica pero afablemente del propio Gerónimo, quien desde luego fue un luchador, un guerrero hasta el final de sus días: que es a veces necesario dar batallas que se saben o se suponen perdidas. Por dignidad, por el ejemplo y porque la historia -por qué no iba a serlo- puede ser a veces un proceso con sujetos activos que luchen por finalidades realistas, consistentes y deseables.

Así, pues, Sacristán escribió, ya he hablado de ellas, una presentación y unas notas de información complementarias para la edición castellana de la biografía de Gerónimo en una hermosísima lengua, uno de sus mejores castellanos cervantinos, a la altura de la profundidad y agudeza de sus comentarios históricos y poliéticos. Las notas adquirieron importancia propia y él mismo indicó que deseando evitar un prólogo desmesurado prefería redactar unas anotaciones temáticas, que pudieran leerse independientemente unas de otras, de modo que cada cual pudiera consultar el asunto que más le interesara. Algunas pinceladas de todo ello.

Nota:

[1] Debo también a Javier Aguilera los versos, los hermosísimos versos de René Char.

Rebelión ha publicado este artículo con el permiso del autor mediante una licencia de Creative Commons, respetando su libertad para publicarlo en otras fuentes.